



... y dándole coba al director de la cárcel, pedíamos visita especial para alguno...



Y durante casi tres años, todos los días tuvieron las camaradas la visita de las chicas.



... y decidieron las dos únicas camaradas que poseían coche en toda la Sección Femenina, cederlo en servicio voluntario.

mañana, si queríamos verlos a todos, y salían al locutorio de comunes detrás de dos rejas y una tela metálica.

En esas visitas nos pedían libros, balones para jugar en el patio, monos, alpargatas, y sobre todo, querían el *Arriba*, periódico de la Falange, para enterarse de cómo marchaba el Movimiento. Pero el *Arriba* era imposible dárselo por entre aquellas dos rejas, y si lo pasábamos por donde se metían los paquetes, seguramente no se los daban, así que de vez en cuando y dándole coba al director de la cárcel, pedía mos visita especial para alguno, que además de tener la ventaja de que era a las once de la mañana, se les veía por una sola reja y sin tela metálica, y con disimulo, cuando el vigilante no miraba, le pasábamos los periódicos para que los repartieran entre los de su galería.

Y en las visitas que les hacíamos a la cárcel, les contábamos todo lo que pasaba por Falange, si había nuevos detenidos, si la Policía había hecho más registros en el Centro, si el Gobierno prohibía el periódico, si alguien, por fin, se decidía a darnos dinero y si en aquellos días caía algún camarada, que ya iban siendo muchos los que componían el cuadro de nuestros muertos. Les hablábamos de sus novias, de los cines y de todo lo que pudiera hacerles más llevadera aquella prisión que ellos consideraban como un acto de servicio.

Al entrar y al salir, nuestro saludo y nuestra despedida a los camaradas detenidos era ya siempre brazo en alto, y cuando en octubre de 1934, después de la revolución de Asturias, íbamos nosotras a visitar a nuestros presos y los marxistas a los suyos en el mismo locutorio de comunes, al despedirnos ellos cerrando el puño se decían «salud, compañeros» y nosotros, brazo en alto, y con la mano abierta «¡Arriba España, camaradas!» Parecía como si presintiéramos ya que la próxima lucha iba a ser únicamente entre estas dos maneras de ser que se señalaban por el saludo. Ya los dos bandos los tenía en la cárcel un mismo Gobierno semi de derechas en el que intervenían los radicales y la Ceda. Y mientras ellos y nosotros sosteníamos la lucha dura cara a cara y a tiros en las calles y encerraban por igual en las cárceles, a los de Falange y a los comunistas, porque a los dos bandos los consideraban igualmente funestos, aseguraba Gil Robles que España se arreglaría con unas elecciones pacíficas, que era insensatez de la Falange recurrir a unos procedimientos tan violentos. Y los españoles creyeron a Gil Robles.

Y durante casi tres años, todos los días tuvieron las camaradas la visita de las chicas, que por turnos se iban alternando. Y tenían tanta prisa las mujeres por cumplir bien este servicio de la cárcel, que hubo que prohibirles que fueran si no estaban de turno, porque a pesar de lo incómodo de la hora, había tal multitud de voluntarios para visitar a los camaradas, que en la cárcel dieron orden de que no entraran nada más que las familias de los presos. Claro que aquélla para nosotras no era inconveniente, porque cada día iban las camaradas asegurando que eran hermanas de alguno de los detenidos, o la novia de cualquiera de ellos que no tenía más rato para verlos que aquel de por la mañana, y el oficial, que solía tener buenos sentimientos, se compadecía y daba el pase.

Y en esto, como en todo, se veía la apretada hermandad y el rigor de nuestro estilo, porque a hombres que muchas veces ni conocíamos, bastaba que estuvieran presos por Falange, para que desde el primer momento les llamásemos camaradas y nos hablásemos de tú.

Mientras no tuvimos presos más que en la cárcel Modelo nos desenvolvíamos bastante bien con las visitas, pero empezaron a juzgar a nuestros chicos y condenaron a dos a varios años de presidio; a uno se lo llevaron a Colmenar y a otro, al penal de Alcalá. Y entonces sí que era difícil ir a visitarlos, por la falta de dinero. Al principio, para que sus familias no se quedasen sin verlos, reuníamos entre todos para poderlos pagar el viaje, por lo menos, una vez a la semana. Y sus mismas madres les llevaban el tabaco y demás cosas. Pero después pensamos que no estaba bien dejarlos en aquel abandono y decidieron las dos únicas camaradas que poseían coche en toda la Sección Femenina, cederlo en servicio voluntario para poder llevar a las madres de los presos y a las camaradas que estuviesen de turno, para que así aquellos dos hombres no echaran de menos el clima cordial de la Falange.

(Continuará).